

Biografía entre telones: Hugo Argüelles, historia de un dramaturgo

LUZ GARCÍA MARTÍNEZ

“ El lugar es simplemente fascinante, una casa que parece ser el escenario de un paisaje impregnado de silencio... Silencio secretamente alterado por las imágenes que se proyectan frente a un espejo: figuras de ángeles y querubines, figuras prehispánicas, objetos y artesanías de la imaginación popular, cabezas de caballo, girasoles artificiales, infinidad de libros y fotografías, alebrijes en miniatura; tallas de madera del siglo XVIII y otras diversas antigüedades, frente a las cuales se impone un gran cuadro donde vemos a un hombre que escribe con una pluma fuente sobre las páginas del tiempo, arrancando a la vida los misterios, las metáforas y los conflictos que envuelven de eternidad al ser humano... Mientras sus ojos, sus enigmáticos y felinos ojos, “ojos gigantes y morunos” como los describió Salvador Novo, proyectan una visión animalizada de alacranes, cuervos, salamandras, caracoles, buitres, cocodrilos, leones, murciélagos, cabras, gallos salvajes, zopilotes, su adorada ‘calaca’ y una sirena, que danzan en la vorágine del río mágico de las letras... De pronto, esa imagen pictórica adquiere una

voz grave que impone la presencia de un ser de gran arrogancia, elegante, distinguido y al mismo tiempo, un niño terrible que frente al escenario de su propia vida, delinea el mar de sus propias pasiones, el arte y la creación de la dramaturgia: el maestro Hugo Argüelles.

Sentado frente a un espejo, custodiado por un soberbio maniquí que viste una riquísima túnica oriental, Hugo Argüelles proyecta con el eco de su voz, inquietantes líneas de vida en sus deslumbrantes recuerdos...”

El anterior texto forma parte del libro Hugo Argüelles, Estilo y Dramaturgia III, (INBA-Colección Escenología, México, 2001). Mi ensayo intitulado “Biografía entre telones: Hugo Argüelles, Historia de un dramaturgo”, es un texto que él mismo me pidió realizar desde el primer día que lo entrevisté en el año de 1997, texto que muestra su vida desde su infancia hasta su llegada a la ciudad de México en 1951. Así, durante más de dos años me reuní con el escritor, grabando sesiones en diversas partes de su casa estudio.

Estar en la casa del dramaturgo, quien nació en el puerto de Veracruz el 2 de enero de 1932 y murió de cáncer el miércoles 24 de diciembre de 2003, era visitar un mundo deslumbrante siempre orquestado con los ladri-

dos infernales de sus perros. Las charlas previamente pactadas, siempre eran sorpresivas, recuerdo que empezaba a hablar con su voz imponente y luego iba bajando el tono, por lo cual a partir de la segunda sesión, grabamos con un micrófono inalámbrico, que siento molestaba al escritor, pero me permitía ese atrevimiento.

Su personalidad avasalladora, de un ser egocéntrico, seductor, prepotente, de rostro adusto, se transformaba en la atmósfera argüelleana donde charlábamos, corregíamos textos y terminamos la última parte del libro donde Hugo Argüelles habla de su camino teatral a través de sus diversas obras, texto que espero llegue a publicarse en su totalidad como homenaje al maestro, ya que incluso está ilustrado cada capítulo por el pintor Guillermo Ceniceros, de quien Hugo Argüelles conservaba en su estudio dos espléndidos retratos a tinta que el muralista hizo de él.

Recientemente, revisando las entrevistas realizadas con el dramaturgo, encontré un material donde habla de Miguel de Cervantes, Gabriela Mistral y del mar, entre otras cosas, los cuales dejo a consideración de los lectores de Universo de El Búho.

Cervantes y El Quijote

Cuando Hugo Argüelles iba en el tercer año de secundaria, lee por primera vez El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, de Miguel de Cervantes. ¿Qué le producía la lectura de El Quijote?

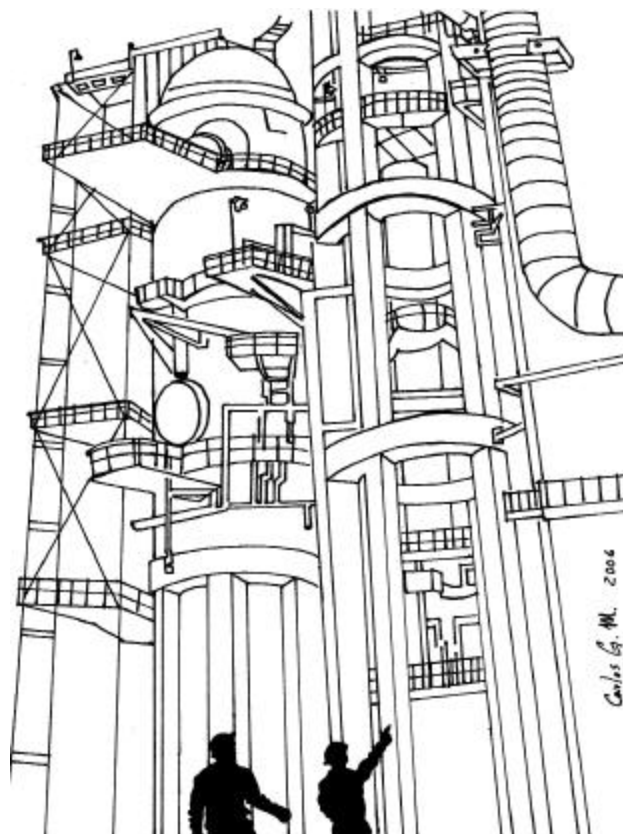
Un gran humor y me divertía tanto, que a veces estaba muerto de risa leyéndolo y cuando mi madre me veía y preguntaba de que me reía, le contestaba: “de lo que estoy leyendo” y me decía: “pues llevas mucho rato así, por favor pasa la página” y yo decía: “no, invariablemente sigue chiste tras chiste” y me veía como diciéndome: no puede ser. Por ello pensé que mejor no me tenían que ver cuando leyera El Quijote y descubrí que podía hacerlo muy a gusto en el baño, donde me encerraba mucho tiempo y donde estaba atacado de risa sin que nadie me

preguntara la razón. Aquello, según yo, era una especie de complicidad entre Cervantes y yo.

Y cuenta el maestro que por años le quedó ese recuerdo, por lo cual cuando vuelve a leer El Quijote en su estudio siente que no le sabe igual. “Entonces vuelvo a entrar al baño, me bajo los pantalones, me siento en la taza, abro el libro y vuelvo a reír nuevamente por la forma en que lo cuenta Cervantes: con un sentido de alegría y continua festividad.”

Lo cual nos hace recordar que cuando Miguel de Cervantes escribía esta obra, estaba preso en la cárcel de Sevilla y cuando leía a sus compañeros de prisión algunos capítulos, estos, entre risas y asombros, estaban cautivados con las aventuras del caballero andante. “El Quijote es un gran niño, siempre anda haciendo gozables travesuras: es un ser subversivo, es disidente, por lo tanto es genial y muy disfrutable para un niño.”

Además, El Quijote es un personaje muy soñador y utópico. “Pero eso lo empiezas a entender en la adoles-



Carlos G.M.

cencia, en la parte de los ideales, en la parte de la Dulcinea del Toboso y todas las referencias sobre la memoria del ser, pues son problemas que aparecen más claros en la adolescencia. Durante la infancia que es de lo que estamos hablando, gozas las aventuras, te diviertes con él y con Sancho, porque está escrito con un humor sensacional. Cervantes debe haber sido un gozador absoluto, un tipo jacarandoso, bullanguero, loco frenético y debe haber estado haciendo todo el tiempo gala de su enorme sentido del humor, sin pretensión académica, sin ninguna retórica ni con formas acartonadas con las que luego se le ha entronizado.

Hugo Argüelles también subraya que es más divertido el personaje de El Quijote que el de Sancho Panza, su gordo y charlatán escudero. “El Quijote se atreve más y Sancho nunca lo hace, acaba por aceptar y obedecer, y lo hace por el enorme afecto que tiene por su amo. Pero el que se lanza, el que osa, el que se atreve, el que anda deshaciendo entuertos, es don Quijote y esto mismo me hace que esté con él.”

Gabriela Mistral en su memoria

“Luz, falta evidentemente un episodio muy importante de mi vida de joven en Veracruz y es el momento en que conozco a Gabriela Mistral, pues vamos a hacer memoria de ese momento. Ocurrió así, recuerdo que cuando tenía 16 años, iba a comprar discos de música clásica a la casa Dunfor y había ya leído en el periódico El Dictamen que había llegado a Veracruz, Gabriela Mistral. Evidentemente me moría de ganas de conocerla y pensé, o más bien desee intensamente que así fuera y una tarde comprando discos de Brahms en esa casa, la vi entrar acompañada de una persona que la cuidaba. Ella llegó al mostrador y le preguntó a la muchachita que atendía si tenía discos de la negrita Marianne Anderson cantando a Schubert, porque se los habían recomendado mucho y tenía que oírlos. La muchacha no sabía contestarle y puso tal cara de desconcierto porque estaba atenta a la

música popular de rumbas y congas, pero ante lo que ella pidió yo sabía y tenía certeza de que estaban los discos en la bodega y le dije a la muchacha ‘hazte a un lado y déjame atenderla’. Inmediatamente le dije a Gabriela: ‘Claro que tenemos esas canciones, son los Lieder de Schubert y tenemos “Margarita la Rueca”, “La muerte y la doncella”, entre otras’ y Gabriela Mistral desconcertada dijo: ‘¿Qué raro que una persona tan joven como usted sepa tanto de los Lieder de Schubert?’ y yo contesté: ‘Lo que pasa es que en mi casa, mi madre toca en el piano esas melodías y me ha abierto el mundo de la música de Schubert, que desde luego es uno de mis compositores favoritos’.”

“Entonces fui a la bodega y traje varios discos de pasta, de pequeño formato, de 78 revoluciones, se los enseñé y le dije: ‘Mire, aquí tiene para escoger’ y ella respondió: ‘No, vamos a hacer una cosa mucho mejor, aquí el que sabe de las canciones de Schubert es usted, yo solamente sé que cantadas por la Anderson suenan muy bien, pero me gustaría que me contara de estas canciones y por lo tanto lo invito a cenar, ¿le gusta la sopa de porotos?’ y yo en mi vida había sabido lo que eran los porotos, le dije: ‘¡si, me encantan!’ y me dijo: ‘pues bueno, eso vamos a cenar, lo espero en mi casa’ y me dio la dirección, era un departamento del Consulado norteamericano que estaba frente al mar y quedaba cerca de la escuela preparatoria donde yo estudiaba, a sólo dos cuadras. Me invitó a las ocho y a las cinco para las ocho estaba yo tocando la puerta del departamento, salió a abrirme la misma mujer del pueblo que la había llevado a la discoteca, recuerdo que había un olor muy fuerte a col en la habitación e inmediatamente Gabriela Mistral salió y me dijo: ‘bienvenido y no te extrañe el olor pero lo necesito para mi presión, tomo un poco de té de col’ y contesté: ‘no me molesta’, cómo le iba a decir eso, verdad, me molestaba profundamente, era un olor espantoso.”

“Pasamos a la sala y empecé a revisar ávidamente libros por todas partes, reproducciones de pintura mexi-

cana y Gabriela muy propia, con esa majestuosidad y esa serenidad que tenía en su mirada dijo: 'pues vamos a platicar de Schubert' y aquella noche empezó una amistad que duraría prácticamente todo el año que estuvo en el puerto de Veracruz con ligeras escapadas a Xalapa, y al Lencero; pero regresaba y yo preguntaba y me decía la encargada: 'ya está aquí' y otra vez en las tardes, al salir de la "prepa" me iba a casa de Gabriela, esto invariablemente fue durante todo ese año. Ella se dio cuenta de ese interés y me decía: 'Es raro que un muchacho de tu edad, -yo tenía casi 15 años-, tenga tanto interés en tratar a una persona de más de sesenta como es mi caso' y yo le contesté: 'sí, nomás que es una persona con un Premio Nobel, con un gran conocimiento de la literatura, una gran poeta y es una oportunidad que no quiero perder'; esto la convenció y me dijo: 'bueno Hugo, vamos a hablar de literatura' y así empezaron los consejos acerca de los autores que yo debería leer."

¿Qué autores le recomendó Gabriela Mistral?

Hizo énfasis en que todavía no leyerá el *Ulises* de James Joyce, si acaso *Dublineses*. Decía: "El *Ulises* todavía no, porque es evidente que hay muchos giros irlandeses en esa novela que invariablemente se pierden en la traducción. Miente quien dice que conoce bien *El Ulises*, habría que tener un magnífico conocimiento del inglés para poder también jugar con todos estos términos irlandeses y determinar hasta dónde hay una buena traducción, eso por lo que se refiere a la traducción, por otra parte, eres demasiado joven para intentar leerla, es una obra maestra que requiere de otro tipo de tiempo y de conocimientos.

También me dio a entender que no le hacía particularmente gracia James Joyce, que le había disgustado porque ella estuvo presente cuando le dieron al escritor el Premio Nobel, iba con su hija quien lo llevaba en una silla de ruedas y lo recibió de muy mala manera y esto le pareció un desacato a la Academia: "no había necesidad

de ser áspero y tan grosero, en tal caso mejor no lo hubiera aceptado".

Joyce, Faulkner, Thomas Mann, Hermann Hesse, eran por aquel entonces los autores que yo comenzaba a leer y me sugirió a Kafka, "y de los latinoamericanos tendrás que descubrir a Horacio Quiroga que es fundamental", estaba también muy entusiasmada con Pablo Neruda y Jorge Luis Borges. De modo que las pláticas fueron hacia la literatura y un día súbitamente me dijo: 'Hugo, yo sé que tú escribes, la motivación de estas pláticas es que tú eres alguien que escribe y seguramente cuentos, por qué no me los traes'. Me aterró y le confesé que sí escribía cuentos pero que en realidad eran un poco para mí, los hacía casi como diversión porque cuando me gustaba alguno lo dibujaba como si fueran tiras de cómics, porque yo dibujaba bien y me dijo: "ah, qué interesante, déjame leerlos" y llevé unos cuentos, los leyó, se me quedó viendo muy serio mientras yo pensaba: 'Esto va a ser mi final de escritor' y temblando esperé el veredicto, entonces ella, con su mirada apacible expresó: "mira, claro que eres escritor, tienes lo principal, sabes conmovedor y eso es lo que importa, el resto se aprende y se llama oficio y yo te voy a enseñar algo de ese oficio". Yo quedé como sacudido por un rayo y pensé: "pues esto es lo que yo quería saber" y le pregunté si le habían gustado a lo cual ella dijo "me gustaron mucho y quiero más".

¿Qué temas tocaba Hugo adolescente, en esos cuentos?

Eran cuentos de la infancia, de aventuras con mis amigos, relatos ingenuos y banales y quizá le gustaron por lo auténtico con lo que estaban escritos, pero no creo que tuvieran más importancia que eso y bueno, pues entonces imagínate ya agradecidísimo por esto continué visitándola y pues íbamos así alternando conocimientos, porque de pronto ella me decía, "Hugo, te quiero preguntar qué hay acerca de la sinfonía pastoral de Beethoven, tengo entendido que es un homenaje a la naturaleza, pero tal vez tú me puedas aportar otro tipo



Daniel Zamitiz

de conocimientos” y yo corría a informarme y entonces le contaba. También me hablaba de la India y del Krishna, y decía: “en la filosofía hindú hay una serie de conceptos que son como la esencia de lo trascendental y esto es lo que a mí me interesaría en la época en que estoy en mi vida, realmente asimilar a fondo.”

Recuerdo que a veces llegaba a visitarla en las tardes, ella estaba en su recámara y alcanzaba a verla desde la sala, sentada en el borde de la cama con las sábanas recogidas en el regazo y la mirada perdida, como si estuviera en trance y tardaba en salir de él y cuando estaba digamos en la realidad, volvía la cabeza, me veía, se sonreía y me hacía señas de que iba a salir ya y venía a la sala y yo le preguntaba qué era lo que hacía y contestaba “ejercicios de inmersión, es saber viajar hacia dentro de uno mismo, hasta el fondo, hasta lo ancestral, hasta donde se pueda encontrar el principio del ser, porque a

veces uno no tiene las ideas muy claras y por que nunca acaba uno de conocerse y de esta manera lo logro” y le pedí que me enseñara a mi también a hacer eso y sí me enseñó.

Maestro Argüelles, ¿sigue haciendo esos ejercicios?

Sí, hasta la fecha practico, cuando hago mi ejercicio de inmersión, me pregunto cosas que me son respondidas, de modo que imagínate todo lo que voy agradeciendo de aquel tiempo y me pregunto a la vez, bueno cómo es que Gabriela me tiene tanta paciencia, después de todo no soy más que un joven de 15 años en la primera adolescencia; que es cierto que me gusta escribir, que tiene interés por la literatura, pero me dedica mucho tiempo y es especialmente amable y cariñosa; aquí hay algo más y salió de pronto el por qué: una tarde frente a la terraza de su departamento, viendo el mar, Gabriela empezó a hablar de un joven llamado Tin, un sobrino

que ella había adoptado y hablaba de él con un gran dolor y de pronto se voltea y me dice: “no te he contado que tuve un sobrino muy querido que me mataron”, le contesté que no y ella continuó, “pues mira Hugo, lo sentí ahora tanto que por eso estaba hablando con él”. Le pregunté qué edad tenía y me dijo: “pues la tuya, Hugo” y en ese momento fue muy claro para mí que yo venía a sustituir a ese cariño, a ese sobrino, no se lo dije pues para no ser un torpe.

Después le pregunté más abiertamente sobre Tin y me contó que en Brasil, este muchacho era amigo de un grupo de nazis y se habían producido algunos conflictos que ella ignoraba, pero que lo llevaron a ese final: “Estos nazis lo mataron, Tin murió envenenado” y se quedaba con la mirada perdida, con una gran tristeza reflejada en su rostro, era evidente que estaba sufriendo mucho.

Maestro Argüelles, ¿cuál era su actitud ante aquel acto tan emotivo?

Como me daba tanto, deseaba darle algo importante también y se me ocurrió lo siguiente, antes de visitarla durante ese año de 1948, en que Gabriela vino a México, por ese tiempo era muy amigo ya en el Hospital General que actualmente es la sede del Instituto Veracruzano de Cultura, del mozo que hacía las disecciones, porque ya había decidido que iba a ser médico y por ello me decía: “Argüelles, tienes que practicar” –cuando hablo conmigo me hablo por el apellido–; había que hacer disecciones y las únicas que se podían hacer con seres humanos eran en el Hospital General.

Así empecé a aparecer en la sala de disecciones y un día como de película de terror de Boris Carloff, salió un individuo del fondo, medio contrahecho, un poco jorobado, con un ojo que casi se le salía de las órbitas verdaderamente así como un capricho de Goya y me preguntó en buen tono “¿Muchacho, qué quieres, qué haces aquí?” y le señalé que deseaba aprender y él respondió “¿aprender qué? Todos están muertos, no les puedes aprender nada” y le dije pues quiero aprender del que

hace las disecciones y me dijo “pues soy yo”. “Tú –le dije– pues ¿qué no hace la disección un médico?” y expresó: “no, el médico viene y diagnostica, el que corta, separa, califica y clasifica soy yo, mi trato con los muertos consiste en eso” y le dije, “ya, pues entonces quiero aprender contigo”.

Le debo haber caído bien. Me dio el bisturí diciendo “¿a ver qué tan buen pulso tienes?, le pones la punta del bisturí ahí donde tiene ‘la nuez’, o sea en la garganta y rajás hasta llegar al ‘pito’, si lo abres de manera precisa y queda la línea recta, me ayudaste y ya porque así hay que empezar a abrir.”

Uf, temblando expresé, bueno ahí voy, hice la incisión y salió bien a pesar de que estaba sobrecogido de sorpresa, terror, espanto, morbo y todo tipo de sensaciones. Le gustó el corte y dijo “bueno, ahora empieza a separar la piel y te voy a hacer mi ayudante” y así empecé a ir al hospital a ayudar a Porfirio a hacer las disecciones, aguantándome los olores, a sentir la sangre en mis dedos, ver el espectáculo del ser humano vaciado de sus órganos y pensaba “bueno Argüelles, esto es lo que querías aprender, pues ya lo estás aprendiendo, ahora ya entiendes cómo es por dentro el hombre.”

La llamada del instinto

Así, Hugo Argüelles recordaba que corría a leer sus libros de medicina y empezaba a revisar las notas que iba haciendo en la disección, “estaba haciendo anatomía, y para entonces estaba muy a gusto plática y plática con Porfirio y pronto descubrí que era un chamán. Una mañana, después de mi clase, entré a la sala de disección y vi sobre la plancha de granito el cuerpo desnudo y macheteado de un hombre bellissimo, quedé tan impresionado que dije: ‘No es posible, cómo se puede acabar así la belleza’, de pronto me di cuenta de que tenía una especie de llamada profunda del instinto y ésta era evidentemente homosexual. Estaba en un shock en el dolor

y la admiración ante la destrucción de aquella belleza y le dije a Porfirio: ‘¿qué le hicieron a este ser, mira cómo lo dejaron?’ y contestó que se lo merecía.”

“Porfirio le tomó la mano al cadáver, la empezó a leer y expresó: ‘Éste viene de la ranchería “Tres zapotes”, tendría 23 años, era un muchacho seguro de su belleza y de su porte y se metía con todas las mujeres de por ahí, era un hombre fácil, de modo que igual agarraba a solteras que casadas y la ranchería y la comarca entera lo detestaban y un día, esto quiere decir que fue hace unas horas, ayer para ser precisos, se juntaron todos los hombres, sacaron sus machetes y se lo echaron y eso es lo que pasó con él, pero se lo merecía”.

“Quedé aterrado y dije: ‘¿Cómo puede usar la belleza para su destrucción! ¡Qué terrible es la belleza que todo mundo quiere con ella y en el fondo lo que provocan es la destrucción! ¡La belleza trae la destrucción!’ y como chiste personal le dije a Porfirio: ‘pues también me tengo que cuidar’ porque yo era ya un adolescente muy fino y bello –sonríe–. Entonces Porfirio vio una expresión en mi rostro, de tristeza seguramente y me dijo, ‘tómale la mano porque te está doliendo’, y yo pensé: ‘pues mejor obedezco, porque este hombre sabe una serie de cosas que yo ni idea’.

Así, con mucho cuidado, Hugo le tomó la mano al cadáver y “tal vez fue resultado de mi imaginación o de la tensión del momento, pero sentí que el muerto apretó sus dedos en los míos y dije: ‘Porfirio, se movió’ y el dijo, ‘claro porque siente que te importa’ y eso era cierto y él dijo, ‘todavía no se va su alma del cuerpo, está sintiendo que a ti te duele su muerte’ y pensé que si esto era cierto era maravilloso, ya no se va a ir triste y el muerto aflojó los dedos y entonces rápidamente entre que aflojó los dedos y Porfirio me quitó la mano, me dijo, ‘a ver, déjame ver tu mano’ y empezó a leerla y mira Luz, lo que dijo de mi infancia era tan exacto, yo estaba asombrado de todo lo que iba diciendo, de cosas muy personales y con una precisión asombrosa.

¿Cuáles eran esas cosas personales?

La primera experiencia homosexual que tuve a los 10 años con un mecánico, estaba en el relato de Porfirio. “Mira Hugo, tuviste ya un conocimiento que va a ser para toda tu vida, tú y los hombres se entienden muy bien porque tienes esta experiencia y vas a tener ésta y ésta otra y te va a ir de esta manera y vas a tener esto” y empezó a contarme cosas de mi futuro y de pronto me dijo “por ahí de los 18 años te vas de Veracruz, irás a México a estudiar medicina, pero no es tu carrera, pero óyelo bien, empiezas a ganar premios como escritor y tendrás que dejar esa carrera para seguir lo que verdaderamente te ha dado el destino, la carrera de escritor es la que te pertenece. Dejarás Veracruz y el mar, y el mar no te lo va a perdonar y llegarás a México, y cuando tengas 25 años, irás a Europa y te enterarás de que perdiste a tu madre, eso es el cobro que te hace el mar por haberla abandonado.” Y yo le dije, Porfirio esto es terrible, no me sigas contando y señaló “es que eres una persona formada por el mar y a las criaturas del mar, éstas no lo deben dejar, claro, él te va a regalar muchos seres del mar, eso es lo que te puedo decir, tu vida va a estar llena de seres del mar, a cambio de que lo dejas, el mar es generoso contigo.”

Te cuento esto Luz, porque toda mi vida, desde que tengo nociones he estado invariablemente cercano a amigos y amantes que tienen signos de scorpio, que es el agua de lodo o cáncer, que es el agua de río o piscis que es el agua de mar, con los que he tenido relaciones intensísimas, porque de alguna manera soy un ser de mar. Entonces se da esta situación y le pido a Porfirio que no cuente más, que quiero saber hasta ahí, hasta los 25 años. Él dijo “no tengo por qué contarte más, en realidad quería que supieras que tendrás elecciones muy duras pero si no quieres saber más, pues no y lo único que te quiero decir es que en estos días conocerás a una persona definitiva en tu vida, una escritora muy importante que viene a Veracruz a pasar un tiempo, que tiene

ese premio que hace que los escritores se vuelvan eternos, que se llama Nobel,” y ella era evidentemente, Gabriela Mistral.

Ésta es la relación por la que surge mi deseo de ayudar a Gabriela, y pienso que si Porfirio sabe tanto y tiene esa conexión con los muertos, por qué no se lo planteo a Gabriela, para que si quiere, puede conectarse con Tin. Se lo conté, ella sonrió y me dijo: “Hugo, no quiero ese tipo de experiencias porque quizá son verdaderas”, pero insistí y me hizo caso. Así, fuimos al Hospital General, entramos al cuarto de disección, se la presenté a Porfirio quien le trajo una silla, le pidió que se sentara, le tomó la mano derecha, se la empezó a leer y de pronto le dijo: “lo que usted quiere saber se lo puedo decir en este momento, no tengo por qué seguirle leyendo la mano” y dijo ella “y qué es lo que yo quiero saber”, ‘lo que usted quiere saber es cómo murió ese muchacho al que quiso tanto” y ella contestó “es que yo sé cómo murió, murió en mis brazos” y Porfirio dijo “sí, murió en sus brazos, pero él iba ya envenenado y eso es lo que usted no sabe” y ella dijo “sí, lo sé, lo envenenaron y murió en mis brazos” y él le dijo “no lo envenenaron, él se envenenó y me está pidiendo que quiere que sepa usted esto para que ya descansé él en paz y usted también, no lo mataron, él se suicidó.”

Ahí hay una historia de una relación prohibida con otro muchacho que culminó de esta manera. Gabriela se quedó impávida, los ojos se le aguaron y dijo: “¿él dice eso?” y Porfirio dijo, “sí, y para que no le quepan dudas, también dice que ya descanse de tanto sufrir por él, porque usted es su madre” y entonces ella dijo, “ya no quiero saber más” y Porfirio le preguntó ¿es así, era su hijo?, y ella respondió que si lo era. Se me quedó viendo y dijo “vámonos, ya no quiero, ni tiene sentido saber más” y la vi transfigurada, había desaparecido el sufrimiento de su rostro y tenía una especie de creciente serenidad.”

Cuando íbamos camino a su casa, Gabriela dijo “Hugo, te agradeceré esto siempre porque es verdad, solamente desde allá podía él decirme lo que me dijo y solamente desde allá podía saber lo que supo Porfirio, sí me da paz” y le dije, “pues era lo que yo quería darte, paz” y expresó que eso era lo que le había dado. Imagínate Luz, desde entonces esa amistad se tornó más profunda, más intensa, llena de todo tipo de cuidados del uno para el otro y eran tantos que hasta mi madre se puso celosa porque invariablemente cada tarde le decía que iba con Gabriela. Pero una tarde terrible, Gabriela me dijo que seleccionara los libros que más me gustaran de su biblioteca porque se tenía que ir y deseaba regalármelos: “Hugo, en tres días vendrá por mí Doris Dana, la secretaria de confianza que he tenido por años y antes de que venga empieza a empacar pues quiero regalarte esos libros para que tengas un recuerdo mío y desde luego, los discos están también incluidos, los que corresponden a los Lieders de Schubert que fue como nos conocimos, son tuyos”.

Y así, empecé a trasladar a mi casa bastantes libros y discos, imagínate le mandaban de Argentina y Chile, ediciones espléndidas que conservo y de pronto, dos días antes de que se fuera me dijo “Hugo, no nos vamos a despedir porque las despedidas son rituales que parece que marcan algo y en realidad no es así, me llevo los recuerdos, te dejo los míos y te dejo especialmente las Geórgicas de Virgilio (dedicado por ella que conservo y guardo en sitio de honor en mi recámara), una lectura que debes hacer siempre que puedas porque son para el cultivo de la sencillez; te dejo un buen regalo porque no conozco otro texto que dé tanto del verdadero sentido de la sencillez”, algo que sigo haciendo. Esa tarde salí de su casa, no quise ni volver la vista, sabía que no volvería a verla, como fue en efecto, Gabriela Mistral se fue de Veracruz en diciembre de 1950.

La osadía del mar en Veracruz

Al tiempo después de que vine a México, después de que supe de su muerte pues volvía a Veracruz con un propósito específico, para entonces ya había conocido a mi medio hermano Guillermo, le quise mostrar Veracruz y de paso buscar a Porfirio. Te estoy hablando de casi ocho años después, recuerdo que la noche en que llegué, ya nos íbamos acercando al puerto cuando sentí el olor del mar cerca de Mocambo, de una manera muy intensa y fue como embriagante, porque me reclamaba ese olor de una manera tan impresionante que le dije a mi hermano, “mira para el carro, yo tengo que salir y meterme al mar” y contestó “¿estás loco, cómo te vas a meter al mar aquí?” Es que no puedo evitarlo, es más fuerte que yo y me está llamando y me dijo: “ay Hugo, por favor, el mar no



Luis Argudín

llama” y le contesté que a mí sí. Automáticamente paró el carro, bajé corriendo a la playa, me desnudé y al mar y ahí estuve feliz de la vida, flotando, viendo el cielo cuajado de estrellas, a veces nadando, a veces simplemente viendo cómo saltaban a mi alrededor los pequeñísimos peces plateados iluminados por la Luna, era una sensación de reconciliación, yo así lo sentí y entonces recordé a Porfirio y pensé tenía razón, entre el mar y yo hay algo que está dado de manera muy profunda y aquí se está manifestando y también me espeluznó el pensar que todo lo que predijo se cumplió, mi madre murió cuando yo llegué a España, después del festival de Berlín, de modo que yo seguía flotando y encantado en aquella sensación de armonía perfecta cuando empecé a oír los gritos desesperados de mi hermano pidiendo que saliera del mar, así lo hice y encontré al pobre en la orilla de la playa muy angustiado y me dijo, “no te das cuenta que estás rodeado de aletas de tiburones, pasan a pocos metros de ti, los estoy viendo, por eso te pedí que salieras” y le dije “yo ni los sentí, no me hicieron nada” y nos fuimos al hotel a descansar.”

Recuerdo que me levanté tarde y al bajar a desayunar, encontré a mi hermano con la cara descompuesta y dijo “¿sabes qué pasó en el lugar donde estuviste nadando anoche?” y lo señaló, era muy cerca del hotel, “un sacerdote hoy en la mañana entró a nadar muy temprano y los tiburones le comieron las dos piernas, toda la gente lo comenta, se lo acaban de llevar hace una hora, Hugo, ¿qué pasa?” y le dije, “qué quieres, no te puedo decir nada, que le gustan más las piernas del sacerdote”; yo también me quedé pensando y dije: “necesito ver a Porfirio, porque ya todo esto es como Pascal dice que el corazón tiene razones que la razón no entiende, pues igual aquí hay otras razones que no se alcanzan a comprender, pero que están y entonces, tenía que buscar nuevamente a Porfirio.”